

Idealismo y realismo

Francisco Gavidia

1912-5

Páginas 32-35

Fijemos el sentido de las palabras ¿Qué es la realidad? Las grandes obras de á principios del siglo XIX, las de Goethe, Chateaubuand, Schiller, Víctor Hugo y Lamartine reflejan la epopeya de la Revolución Francesa y de la era napoleónica. Todo es grande en esa época. Recordemos como también—la América Central se agiganta en aquellos días, Morazán es el hombre de hierro que batalla quince años consecutivos, que embiste una plaza á riesgo de pasar sobre los despojos de su familia, que el enemigo amenaza inmola, los ciento doce cazadores de Gualcho quedan muertos “en formación” sin ceder una línea el enemigo, respetando su valor “no se atrevió á pasar sobre los cadáveres de aquellos héroes y desfiló flanqueándolos”, dice el héroe. Los soldados valen tanto como el Jefe. Esta es una realidad.

En la historia son realidad Moisés, Confucio, Sócrates, Juvenal, Tácito, Dante, Alejandro, César, Carlomagno, Codro, los Horacios, Buda, San Vicente de Paul, San Agustín, San Jerónimo. Se pueden llenar varios tomos con esta empezada enumeración. Los grandes novelistas ó los poetas, que crean tipos parecidos, están en plena realidad. Ahora bien, la Historia hierve también en malvados.

Lo que pasa en la Historia pasa en la sociedad, en cuyos ignorados anales hay mucho bueno y también mucho malo.

Los tipos que la buena literatura crea, desde Juan Valjean hasta Thenardier en Los Miserables de Víctor Hugo, por ejemplo, todos son reales, porque existen en la humanidad, de quien toma el arte los componentes de sus creaciones, la virtud y la maldad en todos sus grados.

Si la realidad, pues, que en absoluto, “es lo que es”, en el arte “es lo verosímil”, todo arte, por relativa que sea su verosimilitud, tiene elementos reales, y es en proporción, realista.

Ahora bien, no hay hecho humano, y aun de la naturaleza exterior, á que no presida una idea ni obra literaria á que no presida un sistema de ideas detrás de toda obra literaria hay “una filosofía”.

Esto quiere decir, que toda buena obra literaria, así como es realista, si ló hemos probado, es, al mismo tiempo, idealist. Tal obra se compone de hechos, de pasiones y de caracteres verosímiles, es decir, “que pueden existir ó han existido”: este es su realismo, pero esos

elementos se combinan y forman el conjunto de la obra, según la idea, según la filosofía, que presiden á su formación: este es su idealismo. La división hecha á ese respecto es puramente artificial pura ilusión de óptica de los críticos; expliquemos su origen.

Los escritores franceses de á principios de siglo, Chateaubriand, Lamartine y Víctor Hugo, que llegaron los primeros, estudiaron lo sublime de la realidad, imitaron en sus obras las realidades de la Revolución y de la éra napoleónica, es decir, utilizaron las grandes realidades, se inspiraron en las grandes virtudes. Comparando la realidad con una escala tan grande como la de Jacob, cuya última grada, perdida en los abismos, fuese el célebre asesino Cartouche, y cuya cima fuese el Cristo, aquellos escritores se caracterizaron por haber tomado sus conocidos personajes de las varias alturas de tal gradación, sin dejar por eso de proveerse en los abismos. Los escritores franceses que llegaron á mediados del siglo, no encontraron de los tiempos heroicos sino los desengaños en la sociedad en que ellos vivieron no se erguía sino lo vulgar, lo feo, lo malo: quedaban atrás Aquiles y Homero “Lo que han dicho esos grandes escritores, pensaron, es falso tornemos á la realidad”—y tomaron los elementos de su literatura, insistiendo en nuestro símil, en la tercera, parte inferior de la escala, creyeron que describiendo por sistema solamente lo vulgar, lo

vicioso, lo brutal y lo feo, ellos eran dueños exclusivos de los elementos reales del arte. Aun así, olvidados de la faz luminosa de la historia, sus obras habían sido buenas si no hubiesen sido ellos, no extrañe el lector la expresión, —demasiado idealistas, malos filósofos.

Es decir, fueron exajerados en sus ideas, en su lógica; tan exajerados, que retrocedieron en la Historia de la Filosofía lo menos tres mil años!

¿Qué iban á estudiar en el hombre? Sólo el crimen y el vicio y no desde un punto de vista moral sino fisiológico, orgánico, atávico, hereditario: es decir, desde el punto de vista de la materia organizada. Para esto les fue preciso no ver en el hombre sino el animal, por consiguiente, tuvieron que nivelarlo con la naturaleza exterior, con la naturaleza bruta. Y no se hace esto sin quedar preso en el sistema de las leyes fatales de esa misma ciega naturaleza. La filosofía primitiva, la de la India, la de la edad prehomérica, cuando el hombre veía una ley y un dios en la bestia, se les impuso, ya no bastó la palabra realismo, se acertó con la expresión una nueva escuela se llamó naturalista. Vino lógicamente el sistema filosófico correspondiente á esta edad primitiva, en que las leyes de la materia suplían las de la conciencia humana la filosofía de Orfeo, la del Ramayana, cuyo rastro aun se ve en la *Ilíada* y la *Odisea* y en el Antiguo Testamento, dominó á grandes es-

critores del siglo XIX; esa filosofía es el fatalismo materialista. Así en Zola los personajes son máquinas él les ha negado la libertad, que no existe dentro de las leyes de la naturaleza bruta, en que impera la fatalidad, la libertad! que es un mundo descubierto y conquistado por el espíritu humano Los personajes de la escuela naturalista son perros, gatos, monos, tigres, hienas todo lo hace en ellos la materia todo es fatalismo, fisiológico ó colectivo como en la selva, como en los buitres, ó en los rebaños. El panteísmo primitivo, la primera faz de la filosofía humana, se apoderó de notables novelistas, bajo disfraz científico, [religioso, como en la edad prehistórica, no era posible], sin que, á juzgar por las declaraciones del pontífice naturalista, se hubiese él dado cuenta de ello, fenómeno más frecuente de lo que puede pensarse Pocos hombres de la Historia dominan el sistema de ideas, la filosofía, buena ó mala, que les mueve. Las ideas son un resorte y es sabido que muchas de sus leyes y relaciones son desconocidas mientras no llegan Sócrates ó Kant y las exploran y descubren.

“La bestia humana”, “Nana”, “La tierra” son obras naturalistas como el libro de Ruth, como los idilios de Teócrito, como toda la literatura que inspiran los panteísmos primitivos; con esta diferencia, que ésta es ingenua y la de Zola tiene pretensiones científicas, —y todas las obras que ésta ha hecho producir al formar escuela, han sido es-

critas con el malestar de conciencia de espíritus que viven en el siglo XIX No se puede ser naturalista como Valmiki ó como Homero, con inocencia y grandeza, después que, sobre la filosofía primitiva, el genio del hombre ha descubierto en los cielos del pensamiento nuevas verdades como otros tantos soles, nuevos sistemas ideas como otras tantas constelaciones, después que Anaxágoras halla el espíritu difuso en la creación y obtiene un triunfo definitivo sobre la materia fatal; después que Sócrates liberta al hombre de ese espíritu universal y crea al individuo revelándole su personal conciencia, después que Jesucristo abre á ese individuo las puertas del infinito y lo hace inmortal en los senos de la eternidad, después que el Renacimiento lo entrega como hermosa esclava la naturaleza, que antes fuera su dueña y su déspota, y después que la Revolución Francesa lo arranca á la tiranía del Estado y lo hace libre en medio de la sociedad. Como toda obra literaria, quiera ó no quiera su autor, es una generalización en la escuela de Emile Zola la humanidad se ha sentido ultrajada le rodaban sus grandes ideas. La tornaban á las ligaduras de las leyes de la materia, á ella, que tanto ha luchado por ser libre! Por eso los pueblos individualistas como Alemania, Inglaterra y Estados Unidos han prohibido la entrada á los libros naturalistas.

Lo malo, pues, del Naturalismo, no son sus asuntos ni su len-

guaje iguales los hallamos en algunos pasajes del místico Dante Allighiere y del exquisito Miguel de Cervantes más descarnados aun en Rabelais. conocido es el desenfado muy raro, pero asaz famoso de Víctor Hugo.

El defecto de la escuela naturalista es la Filosofía que la anima, su idealismo que es “demasiado” porque es retrospectivo, porque es un violento y horrible esfuerzo que

atraviesa todos los dominios que ha conquistado el espíritu humano, y en pleno siglo XIX, disfrazándolo de ciencia moderna, nos impone el sistema filosófico que imperara en el aduar troglodita.

Toda literatura, pues, es, ante todo, idealista, y al mismo tiempo y forzosamente, realista. Su bondad depende de su filosofía.

Francisco Gavidia